

Preguntas de Reflexión

- ¿Dónde puede estar Dios invitándote a compartir tu historia de recuperación y ofrecer apoyo a otro?
- ¿Qué temores tienes al ser “enviado” a servir a otros, y cómo puedes enfrentarlos estando junto a Dios?
- ¿De qué maneras puedes mantenerte cimentado en la humildad y responsabilidad, mientras llevas el mensaje de esperanza?

Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: Isaías 66:10-14c

Salmo Responsorial: Salmo 66:1-3, 4-5, 6-7, 16, 20

Segunda Lectura: Gálatas 6:14-18

Evangelio: Lucas 10:1-12, 17-20

Decimocuarto Domingo del Tiempo Ordinario



Nuestro pasado está frecuentemente marcado por el sigilo, la vergüenza, y el aislamiento. Pero en la recuperación de la adicción y compulsividad sexual, y otros apegos nocivos, los rincones oscuros de nuestra vida se encuentran con la luz de la gracia y la comunidad. Al sanar, estamos invitados a compartir lo que hemos recibido -esperanza, honestidad, y sanación. Esto puede parecer desalentador, especialmente si nos sentimos indignos o inseguros. Sin embargo, es a través del compartir y servir que continuamos creciendo en fuerza espiritual y sobriedad emocional.

Podríamos preguntarnos, ¿cómo ayudar a los demás cuando nosotros mismos continuamos luchando? Pero Jesús no espera que seamos perfectos – Él nos envía como estamos, dependientes de la gracia y cimentados en la humildad. Nuestra fortaleza no radica en qué tan limpias son nuestras historias, sino en nuestra disposición de ser honestos.

El Evangelio de este domingo narra el pasaje de Jesús enviando un número de discípulos que irán como “corderos en medio de lobos” a anunciar la Buena Nueva. Jesús le dice a la multitud, “La cosecha es mucha y los trabajadores pocos. Rueguen, por lo tanto, al dueño de la mies que envíe trabajadores a sus campos” (Lucas 10: 2). Después, Jesús le ordena al grupo (Lucas 10: 4-11):

*No lleven ni dinero, ni morral, ni sandalias;
y no se detengan a saludar a nadie por el camino.
Cuando entren en una casa digan: “Que la paz reine en
esta casa”.
Y si allí hay gente amante de la paz,
el deseo de paz de ustedes se cumplirá;
si no, no se cumplirá.
Quédense en esa casa y coman y beban de lo que les
ofrezcan,
porque el trabajador tiene derecho a su salario.
No anden de casa en casa.
En cualquier ciudad donde entren y los reciban,
coman lo que les den.
Curen a los enfermos que haya y díganles:
“El Reino de Dios ya está cerca de ustedes”.*

Hay gente a nuestro alrededor – en las juntas, en las filas para la confesión, incluso en nuestras propias familias – que están sufriendo en silencio. Cuando compartimos cómo la lujuria ya no controla nuestras vidas, les ofrecemos un destello de esperanza. No todos estarán preparados para escucharlo, y está bien. Nuestra tarea es estar dispuestos y brindar paz.

También aprendemos a no aislarnos. Como los discípulos, enviados de dos en dos, nuestro programa nos enseña que la responsabilidad, comunidad, y conexión son claves en la recuperación. Los Doce Pasos nos llaman a llevar nuestro mensaje a otros, no con culpa o superioridad, sino en unidad y amor.

Jesús concluye con un recordatorio de lo que es más importante (Lucas 10:17-20):

*“Señor, hasta los demonios se nos someten en tu
nombre”.
Él les contestó: “Vi a Satanás caer del cielo como el
rayo.
A ustedes les he dado poder para aplastar serpientes y
escorpiones
y para vencer toda la fuerza del enemigo, y nada les
podrá hacer daño.
Pero no se alegren de que los demonios se les someten,
alégrense más bien de que sus nombres están escritos
en el cielo”.*

Nuestro valor no está en el éxito o en la ausencia de pecado, sino en nuestra pertenencia a Dios.